



CRECED

en la gracia y el conocimiento de nuestro
Señor y Salvador Jesucristo. 2 Pedro 3:18

www.creced.ch

julio/agosto 2022

Índice n° 4/2022

2	Los milagros del Señor Jesús	<i>W.W. Fereday</i>
6	Para los padres que perdieron un niño	
10	La oración cristiana	<i>J.A. Monard</i>
12	Preciso es que Él reine	<i>E. Argaud</i>
16	La curación de Naamán	<i>H. Bouter</i>

La revista Creced tiene como meta la edificación y la enseñanza de los que, por gracia, pertenecen a Cristo. Se funda en la soberana autoridad de las Sagradas Escrituras, la Palabra de Dios, la cual “es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”. 2 Timoteo 3:16–17

Le recomendamos encarecidamente que tenga siempre a mano su Biblia para buscar en ella todas las citas indicadas en esta revista. Haciéndolo así, usted sacará mayor provecho de su lectura y podrá comprobar con la Palabra, única fuente de Verdad, la enseñanza dispensada. Seamos como los creyentes de Berea, los cuales “recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así”. Hechos 17:11

Los milagros del Señor Jesús

(Viene de la página 6 del n° 3/2022)

10. La mano seca

Mateo 12:9-13; Marcos 3:1-6;
Lucas 6:6-11

Era día sábado. Como de costumbre, nuestro Señor se encontraba en una sinagoga. Las sinagogas no eran lugares de adoración porque sólo había un lugar para esto en Israel: el templo en Jerusalén. Eran edificios en los cuales copias de las Escrituras eran guardadas bajo el cuidado de algún oficial, cuyo deber era permitir al pueblo que las leyesen y que fuesen explicadas. El Salvador encontró a un hombre en la sinagoga que tenía una mano seca. Enseguida su corazón sintió compasión por él. Poco antes los fariseos lo habían criticado por permitir a sus discípulos saciar su hambre y arrancar espigas en el día de reposo. Este hombre afligido les proporcionó una nueva oportunidad de hablar mal de él. De acuerdo a Marcos y Lucas, Jesús preguntó: “¿Es lícito sanar en el día de reposo?”. Mateo añadió la pregunta: “¿Qué hombre habrá de vosotros, que tenga una oveja, y si ésta cayere en un hoyo en día de reposo, no le eche mano, y la levante? Pues ¿cuánto más vale un

hombre que una oveja?” (Mateo 12:9-14).

El corazón del hombre natural ama las formas y las ceremonias. Las ordenanzas religiosas se basan mucho en esto. Para mantenerlas, los defensores de la religión siempre están preparados a contender fuertemente, aunque esto estorbe la obra de gracia de Dios. Poco importaba a los fariseos de aquel tiempo que el país estuviese lleno de miseria, sólo les interesaba que las formas y ceremonias del día sábado fuesen detalladamente cumplidas. De igual manera, el hombre de hoy prefiere ver a las multitudes pereciendo antes que tocar las costumbres establecidas. Nada engaña tanto al corazón como la religión sin una verdadera conversión de corazón.

La actitud de estos hombres era ilógica; levantaron objeciones acerca de la sanidad efectuada por el Señor en día sábado, y no veían nada malo en planear su muerte en ese mismo día. Igualmente, más tarde, los sacerdotes se abstuvieron de entrar en el pretorio para no contaminarse y quedar así incapacitados para comer la pascua (Juan 18:28). Nunca se les ocurrió en sus cauterizadas conciencias que era infinitamente más contaminante derramar sangre inocente ¡Oh, la religión sin Dios, su historia está llena de inconsistencia y de pecado!

El Salvador no permitió que nada estorbase la manifestación de su bondad. Las formas no podían atarlo. Conforme a esto, mandó al afligido que extendiese su mano y le fue sanada. Muchos sufren de manos secas hoy en día. El pecado ha paralizado el hombre de manera que no puede hacer nada bueno para Dios. Aunque siente la necesidad de hacer el bien, es incapaz de hacerlo. Pero la salvación se encuentra en la obra que Cristo cumplió. Su sacrificio expiatorio es suficiente para todas nuestras necesidades. El hombre que confía en Él es bendecido sin intervención de obras meritorias de cualquier forma. Un resultado de esta salvación es que la mano, antes seca, viene a ser fortalecida para hacer algo por él en medio de una creación sufriendo.

11. Los cinco mil

Mateo 14:13-21; Marcos 6:30-44;
Lucas 9:10-17; Juan 6:1-15

Un hecho sangriento había sido cometido en la tierra. Juan el Bautista, el precursor del Mesías, fue decapitado. Este hecho anunciaba la propia muerte de Jesús mismo que sobrevendría algún tiempo después. Sintiendo el dolor de este acontecimiento, nuestro Señor se apartó a un lugar desierto con sus doce discípulos. Pero no se quedaron solos por mucho tiempo.

Multitudes con enfermedades lo buscaban. Aunque los hombres mostraban poca consideración por él, él estaba siempre preparado para mostrarles su gracia y su amor.

Sus discípulos habrían querido despedir a la multitud, pero él se negó a dejarlos ir hambrientos. Para probar la fe de Felipe, le preguntó dónde podían comprar pan para que comieran todos. Éste respondió que 200 denarios no bastarían para que cada uno tomase un poco (el equivalente al salario de un trabajador durante unos ocho meses). Andrés dijo que había un muchacho que tenía “cinco panes de cebada y dos pececillos; mas ¿qué es esto para tantos?” (Juan 6:5-9). Ninguno de ellos pensaba que se estaban dirigiendo al Creador del universo, que “llama las cosas que no son, como si fuesen” (Romanos 4:17).

El Señor Jesús pronto les mostró que él era el Dios que había dado el maná (Éxodo 16), y que también dijo en el Salmo 132:15: “Bendeciré abundantemente su provisión; a sus pobres saciaré de pan”. Hizo recostar a la multitud por grupos sobre la hierba, de ciento en ciento, y de cincuenta en cincuenta (Marcos 6:39-40). El orden caracteriza todos sus caminos, sea en la creación o en gracia. “Dios no es Dios de confusión” (1 Corintios 14:33). Pero, antes de que cumpliera este milagro, él bendijo a Dios por el alimento que iba a administrar

(Mateo 14:19). ¡Maravillosa combinación, en su Persona, de dependencia humana y omnipotencia divina! En sus manos los cinco panes bastaron para cinco mil hombres, sin contar las mujeres ni niños, y doce cestas llenas sobraron. Poco debe sorprendernos el entusiasmo del pueblo que enseguida deseaba hacerle rey (Juan 6:15). Un gobernador que al mismo tiempo es un dador, era el anhelo de este pueblo.

No obstante, el Señor rehusó el reino. Aun así, éste será suyo, pero él lo aceptará de manos de Dios, y no de manos del hombre. Cuando el debido tiempo llegue, él establecerá un gobierno visible en Jerusalén, e inaugurará un orden de cosas que llenará la tierra con paz y bendición. En su reino milenario, como en el día de la multiplicación de panes, él asociará consigo a los suyos en la administración de la bendición. Ya no habrá más lamentos bajo la tiranía, ni tampoco necesidades. Los problemas sociales que desconciertan a los hombres más hábiles en el presente tendrán entonces su perfecta solución. La cruz del Calvario es la base del futuro reino de gloria y bendición, al igual que el seguro fundamento de un presente perdón y la paz para todos los que en Él creen. Jesús es la única esperanza del mundo.

La alimentación de los cinco mil es el único milagro registrado por los cuatro evangelistas.

12. Andando sobre el mar

Mateo 14:22-33; Marcos 6:45-52;
Juan 6:16-21

“¿Cómo puede hacerse esto?” (Juan 3:9). Es una pregunta muy natural cuando la mente humana se encuentra ante las obras de Dios. No obstante, ésta es una pregunta de la incredulidad, no de la fe. Sea respecto a la caída de los muros de Jericó, a los tres días que Jonás estuvo en el vientre del gran pez, al andar de nuestro Señor sobre el mar, o a cualquier otro milagro, nada sorprende el corazón que ha aprendido a confiar en Dios y creer en su Palabra.

Cuando el Salvador rehusó ser hecho rey después de la alimentación de los cinco mil, se fue al monte a orar, mandando a los discípulos que cruzaran a la otra ribera del mar de Galilea. Es una imagen de la época actual. Jesús dejó a sus discípulos y se fue arriba a Dios, de donde intercede por los suyos. Durante su ausencia, están solos en la tierra para hacer frente a las olas de un mundo tormentoso. Los doce tuvieron una travesía difícil. Asimismo, los que siguen a un Salvador rechazado y crucificado encuentran muchas pruebas en este mundo. Satanás levanta muchas tormentas para destruir todo testimonio del Nombre que él odia.

A la cuarta vigilia de la noche, el Señor vino a los discípulos

andando sobre el mar. Ellos, pensando que era un fantasma, dieron voces de miedo, pero fueron pronto calmados con las palabras del Señor: “Yo soy; no temáis”. Él nunca ha fallado en acercarse a los suyos en sus horas de angustia y necesidad. Él es el “Yo soy” de Éxodo 3:14. Su poder es ilimitado. Creyentes de antaño han cantado: “Por tanto, no temeremos, aunque la tierra sea removida, y se traspasen los montes al corazón del mar; aunque bramen y se turben sus aguas, Y tiemblen los montes a causa de su braveza” (Salmo 46:2-3).

La barca es la imagen del antiguo sistema de cosas en el cual el Señor dejó a sus discípulos cuando fue elevado en gloria. El libro de los Hechos nos muestra cuán tenazmente ellos se aferraban al antiguo orden de cosas, con su santuario terrenal y sus costumbres. Fueron lentos para comprender que la fe cristiana es esencialmente un orden espiritual y celestial. No es un injerto sobre el judaísmo, sino es completamente opuesto en carácter y espíritu. El judaísmo, con su ritual majestuoso, apelaba a los sentidos. En cambio, la fe cristiana se caracteriza por el principio siguiente: “Por fe andamos, no por vista” (2 Corintios 5:7). El propósito de Satanás siempre ha sido de corromper la obra y el testimonio de Dios. Por tanto, cuando la antigua barca del judaísmo fue puesta

de lado por la destrucción de Jerusalén por Tito y la dispersión de los judíos, Satanás empezó a edificar otro sistema bajo el nombre de Cristo. Pronto aparecieron santuarios terrenales, un clero con sus pretensiones, etc., para la completa falsificación del testimonio de Dios.

Mateo, Marcos y Juan nos hablan de cómo nuestro Señor anduvo sobre el mar. Mateo añade un elemento adicional. Cuando Pedro supo que era el Señor quien se estaba acercando, pidió permiso para ir a él. Habiendo recibido una respuesta positiva, descendió de la barca y fue a Jesús. Pero al ver el viento y las olas, se asustó y empezó a hundirse. Entonces dio voces y la mano del Señor vino en su ayuda. De igual forma el creyente que vuelve hoy sus espaldas a la barca de la cristiandad religiosa, en obediencia al llamamiento de Hebreos 13:13, debe mirar solamente al Señor para sustentar su andar en fe. Pero el primer acto de fe, sin el cual nada más es posible, es la humilde obediencia del alma a Él para recibir el perdón y la salvación.

El viento se calmó cuando el Señor y Pedro subieron en la barca. De manera similar las tempestades de este mundo serán acalladas cuando Cristo y sus santos estén reunidos una vez más en medio de Israel.

W.W. Fereday (Continuará)

Para los padres que perdieron un niño

Este texto es resultado de un mensaje pronunciado durante el funeral de un niño recién nacido que el Señor llevó a Él.

Muchos padres han tenido el dolor de perder un bebé, y a veces incluso antes del día tan esperado de su llegada al hogar. Toda consolación humana es vana ante semejante duelo, pero la Palabra de Dios brinda a los padres creyentes preciosas certezas en cuanto a la bendita porción que gozan esos pequeños recogidos junto a Jesús.

Si Dios permite que los suyos sean privados de la presencia de un hijo querido, ¿no quiere también darles el bálsamo de sus consolaciones? Además desea hacerlos mirar hacia ese día bendito cuando “ya no habrá muerte” y cuando “enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos” (Apocalipsis 21:4).

Fragilidad de la vida humana

“Toda carne es hierba, y toda su gloria como flor del campo. La hierba se seca, y la flor se marchita, porque el viento de Jehová sopló en ella; ciertamente como hierba es el pueblo. Sécase la hierba, marchitase la flor; mas la palabra

de nuestro Dios permanece para siempre” (Isaías 40:6-8).

La imagen de la hierba que se seca muestra el carácter efímero de nuestra existencia: “En la mañana florece y crece; a la tarde es cortada, y se seca.” (Salmo 90:6). Aunque estemos en la mañana o en la tarde de nuestra vida, ésta puede acabarse muy pronto.

La flor marchita también evoca la gloria del hombre, que dura tan poco tiempo, en contraste con la Palabra de Dios que “permanece para siempre” (1 Pedro 1:25).

Cuando los creyentes pasan por momentos de angustia debido a la pérdida de un niño que el Señor tomó hacia él, su fe no debe ser conmovida, pues el socorro de Dios les está asegurado. Sus recursos se encuentran en la Palabra de Dios; ésta “permanece para siempre”.

La Palabra, “simiente... incorruptible” que da vida eterna a todos los que creen en Jesucristo (1 Pedro 1:23), es también el medio por el cual Dios consuela a los suyos, y desea que “por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza (Romanos 15:4). Él es “el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones” (2 Corintios 1:3-4). “Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen. Porque él

conoce nuestra condición; se acuerda de que somos polvo” (Salmo 103:13-14).

También el Señor nos alienta: “¡No se turbe vuestro corazón!” (Juan 14:1). Sólo Él, el divino Consolador puede hablar a nuestro corazón. Nos dejó esta promesa: “Vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo”. Nos envió “otro Consolador” para que esté con nosotros para siempre: el Espíritu Santo (Juan 14:3, 16).

Como podemos ver, las tres Personas de la deidad obran para darnos el consuelo que necesitamos.

¡Qué gracia es gustar, a través de nuestras pruebas, “la consolación de las Escrituras” (Romanos 15:4), una consolación que “abunda” (2 Corintios 1:5)!

La obra de Dios antes del nacimiento

“Tú formaste mis entrañas; tú me hiciste en el vientre de mi madre. Te alabaré; porque formidables, maravillosas son tus obras; estoy maravillado, y mi alma lo sabe muy bien. No fue encubierto de ti mi cuerpo, bien que en oculto fui formado, y entretejido en lo más profundo de la tierra. Mi embrión vieron tus ojos, y en tu libro estaban escritas todas aquellas cosas que luego fueron formadas, sin faltar una de ellas. ¡Cuán preciosos

me son, oh Dios, tus pensamientos! ¡Cuán grande es la suma de ellos!” (Salmo 139:13-17).

La fragilidad de nuestro ser no debe disminuir de ninguna manera el valor que tiene la vida humana a los ojos de Dios. Si comprendemos, aunque sea un poquito, el pensamiento divino respecto de los que Él creó de manera tan admirable, quedaremos maravillados.

Los pensamientos de Dios son demasiado maravillosos e innumerables para ser contados (Salmo 40:5). Y son particularmente preciosos en lo que concierne a los niños.

En el Salmo 139 David nos habla de la manera misteriosa en que Dios forma esos pequeños seres antes que vengan al mundo. ¡Qué valor y qué belleza hay en todas esas obras de Dios!

En este mundo se considera tal vez como insignificante un ser mientras sea un embrión, pero para Dios se trata de una “criatura”; es así que la Palabra designa en dos ocasiones al que se encontraba en el seno de Elisabet (Lucas 1:41, 44). Un pequeño ser en formación en el vientre de su madre es, para Dios, un niño. Meditemos el versículo 10 del Salmo 22, una palabra profética que podemos poner en los labios del Señor Jesús: “Desde el vientre de mi madre, tú eres mi Dios”.

El valor de los niños para Jesús

“Mirad que no menospreciéis a uno de estos pequeños... el Hijo del Hombre ha venido para salvar lo que se había perdido... Así, no es la voluntad de vuestro Padre que está en los cielos, que se pierda uno de estos pequeños” (Mateo 18:10, 11, 14).

“Jesús dijo: Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de los cielos” (Mateo 19:14).

La palabra de Dios nos advierte del peligro que corremos en adoptar la manera de pensar del mundo, que da toda la importancia a lo que es grande, a lo que tiene mucha apariencia. Cuidémonos del desprecio, tanto hacia los niños como a cualquier otro ser humano.

El Señor Jesús muestra por sus propias palabras el precio que tienen para Él los niños: “Mirad que no despreciéis a uno de estos pequeños”. El valor de estos niños también se puede ver en el hecho de que vino para “salvarlos” No tuvo necesidad de “buscarlos” —como en el caso de los adultos (Lucas 19:10)— porque no tienen la responsabilidad de venir a Él. El precio dado para la salvación de uno de esos pequeños no es nada menos que su obra hecha en la cruz. Así cumplió la voluntad de su Padre, que no quiere “que se pierda uno de estos pequeños”.

¡Qué consuelo para los padres que pasan por un duelo saber que su pequeñito es parte de aquellos que el Señor vino a “salvar”!

¡Qué estímulo también para todo padre creyente a “dejar venir” sus niños a Jesús (Mateo 19:14), a llevarlos a Él por la oración para que los bendiga!

“Porque de los tales es el reino de los cielos”, dice el Señor poniéndolos como ejemplo. La entera dependencia de los niños en cuanto al amor de sus padres y su total confianza en ese amor, ¿no deberían caracterizarnos en nuestras relaciones con Dios?

La mención de los niños en varios pasajes del evangelio de Mateo (19:14; 21:15, 16) nos hacen mirar hacia el futuro, hacia la eternidad. Aunque estos pasajes se refieren sin duda al reino venidero, el principio permanece para la eternidad. La porción eterna de estos pequeños niños, cuya vida puede haber sido de corta duración en esta tierra, será la misma que la de los demás redimidos.

El gozo de la presencia del Señor

“Jesús le dijo: De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lucas 23:43).

“Estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor” (Filipenses 1:23).

Los niños, como todos los creyentes que duermen en el Señor,

gustan del gozo inefable de su presencia. ¡Qué porción maravillosa gozan todos los que están “con Cristo”! ¡Nada interrumpe su reposo, nada turba el gozo de estar junto a Jesús!

Sobre la tierra, los que tienen el carácter moral de niños, o hijitos, conocen al Padre (1 Juan 2:13), y son el objeto de los cuidados divinos. Estando aquí abajo, el Señor tomó a los niños en sus brazos (Marcos 10:16). Ahora todos ellos pueden experimentar plenamente la realidad de estar junto a Aquel que los ama. Sin duda, en el cielo, el amor del Padre también los rodea.

Los pequeñitos que amamos y que nos han dejado, están para siempre guardados de todo lo que nos hace sufrir mientras estamos en esta tierra: gozan para siempre del reposo del amor.

La esperanza cristiana

“El Señor mismo... descenderá del cielo... y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras” (1 Tesalonicenses 4:16-18).

“Cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación” (Apocalipsis 5:9).

“De la boca de los niños y de los que maman perfeccionaste la alabanza” (Mateo 21:16).

En el cielo, junto a todos los redimidos, en cuerpos glorificados, los niños cantarán alabanzas al Cordero. Cuando el Señor venga, “transformará el cuerpo de la humillación nuestra” (el cuerpo que depositamos en la tumba), “para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya” (Filipenses 3:21). Esto concierne a los niños que el Señor lleva: ellos también tendrán un cuerpo glorificado, como los demás rescatados. Todo lo que Dios efectúa es perfecto, digno de Él.

En esos cuerpos glorificados estos niñitos unirán sus voces a las miríadas de redimidos en una alabanza eterna. ¡Cuánto será ensalzado Aquel que “de la boca de los niños y de los que maman” perfeccionó la alabanza (Mateo 21:16). Tal vez esos niños, durante su vida sobre la tierra, nunca pronunciaron una sola palabra; en el cielo conocerán y cantarán el cántico nuevo para la gloria del Cordero.

Dios “nos dio consolación eterna y buena esperanza por gracia” (2 Tesalonicenses 2:16). Esperamos el momento cuando “enjuagará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron” (Apocalipsis 21:4).

La oración cristiana

La plena revelación de Dios en su Hijo, tal como la encontramos en el Nuevo Testamento, ubica a los creyentes en una posición completamente diferente a la del tiempo del Antiguo Testamento. De ello se deduce necesariamente que nuestras peticiones a Dios son distintas de las que hacían los creyentes de antaño. Sus oraciones nos enseñan y contienen muchas cosas que nos ejemplifican. No obstante tenemos que expresar peticiones que estén de acuerdo con la plena revelación cristiana.

En los Salmos hay muchas invitaciones a la venganza (por ejemplo: Salmos 58:6, 10; 94:1-7). Tales invitaciones se encuentran incluso en los salmos que, por otro lado, describen proféticamente los sufrimientos de Cristo (por ejemplo: Salmo 69:22-28). Pero es bastante obvio que es muy diferente de lo que el Señor enseñó a sus discípulos: “Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen” (Mateo 5:44). Los discípulos no siempre entendieron esto. Al no haber sido recibido Jesús en un pueblo de samaritanos, Jacobo y Juan le preguntaron: “Señor, ¿quieres que mandemos que descienda

fuego del cielo, como hizo Elías, y los consuma?” (Lucas 9:54), y Jesús tuvo que reprenderlos severamente.

La venida de Jesús a la tierra produjo un cambio en la oración, como lo saben la mayoría de los cristianos. Pero debemos ser conscientes de otro cambio que resulta del rechazo del Cristo. La situación de los discípulos cuando Jesús se presentó a la nación judía para ser recibido como Mesías no es la misma que la de los discípulos de un Cristo que fue rechazado y crucificado, el cual no está en la tierra; ahora él está glorificado en el cielo y envió al Espíritu Santo para unir a los suyos. Esto tiene importantes consecuencias para la oración.

El evangelio de Juan nos habla de las últimas conversaciones del Señor con sus discípulos justo antes de su muerte (cap. 13-16). Allí encontramos sus enseñanzas en relación con la nueva situación que resultaría de su partida. Lo que dice sobre la oración nos lleva mucho más allá de lo que encontramos sobre este tema en los tres primeros evangelios, en los cuales lo que se nos presenta estaba de acuerdo con la posición de los discípulos cuando Él estaba en la tierra.

Sin duda, muchas de las enseñanzas dadas en Mateo, Marcos y Lucas siguen siendo relevantes hoy. Por ejemplo: no hablar mucho, no usar “vanas repeticiones”

(Mateo 6:7), “orar siempre, y no desmayar” (Lucas 18:1), cuando nos acercamos a Dios en oración, perdonar, “si tenemos algo contra alguno” (Marcos 11:25), “velad y orad, para que no entréis en tentación” (Mateo 26:41), etc. Pero en estos tres primeros evangelios hay puntos de oración específicos de una época en la cual el reinado de Jesús en la tierra fue lo primero que se vio. Por ejemplo: “Venga tu reino” y “hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra” (Mateo 6:10).

El horizonte de los creyentes en ese momento no se extendía más allá de la tierra y las circunstancias de los creyentes que vivían en ella. Sus temas de oración eran sobre todo necesidades terrenales: “El pan nuestro de cada día, dá-noslo hoy” (Mateo 6:11). El Señor presenta otras cosas en sus últimas comunicaciones a los discípulos, y las encontramos abundantemente expuestas en las epístolas del Nuevo Testamento.

En Juan 16, Jesús enseña a sus discípulos una nueva forma de orar: pedir “al Padre en su nombre”. Les dijo: “hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido” (v. 24). Pedirle a Dios en el nombre de Jesús es pedirle algo de parte de él, expresar una petición que Jesús podría hacer. Implica plena comunión de pensamiento con el

Señor, discernimiento de lo que es para la gloria de Dios. A tales peticiones, se asegura una respuesta positiva: “De cierto, de cierto os digo, que todo cuanto pidieréis al Padre en mi nombre, os lo dará” (v. 23).

A través del Nuevo Testamento, los creyentes son instruidos en todos los propósitos gloriosos de Dios. El Evangelio que se predica hoy no es solo “el evangelio de la gracia”, aunque indudablemente lo sea (Hechos 20:24), sino “el evangelio de la gloria de Cristo” (2 Corintios 4:4), “el glorioso evangelio del Dios bendito” (1 Timoteo 1:11). Los creyentes tienen esta gloria en sus corazones y ella los lleva a la oración.

Las oraciones que encontramos en las epístolas son particularmente instructivas para nosotros. Pablo insta a los creyentes en Roma a ayudarlo “orando por él a Dios” (Romanos 15:30); esta es una forma de colaborar en su servicio. Ora por los efesios, para que Dios les dé “espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de su entendimiento...” (Efesios 1:17-18). Pide que los colosenses “sean llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual, para que andén como es digno del Señor, agradándole en todo” (Colosenses 1:9-10). Les habla de Epafras, “el cual es uno de vosotros, siervo de Cristo, siempre rogando

encarecidamente por vosotros en sus oraciones, para que estéis firmes, perfectos y completos en todo lo que Dios quiere” (4:12). Ora por los filipenses, pidiendo a Dios “que vuestro amor abunde aún más y más en ciencia y en todo conocimiento” (Filipenses 1:9). Teniendo muy en cuenta la propagación del Evangelio, anima a los tesalonicenses: “Hermanos, orad por nosotros, para que la palabra del Señor corra y sea glorificada, así como lo fue entre vosotros” (2 Tesalonicenses 3:1).

¡Que Dios nos enseñe a ir más allá de las necesidades terrenales que sentimos y le exponemos, y a pedirle, sobre todo, lo que sea para su gloria y para el bien espiritual de los suyos!

J.A. Monard

Preciso es que Él reine

1 Corintios 15:25

Al relatarnos hechos que sucedieron en un pasado lejano, Dios nos enseña y nos revela también sus designios para el futuro. A menudo los primeros son sombra de los segundos. Es interesante acercarse a los unos a los otros. Es así como

el reino de Salomón prefigura, desde hace mucho tiempo ya, el reino milenarismo de Cristo. Pero el siervo no puede ser igual a su Señor, y las glorias del reino de Salomón paldescen ante el resplandor de la gloria que pertenece al Hijo de Dios.

La meditación sobre un tema que concierne las glorias de nuestro Señor es de una riqueza tan grande, que podemos abordarlo solamente de manera superficial, pero es suficiente para interesarnos aún más. Solo buscaremos algunos puntos de comparación.

Los dos reyes

Salomón fue un jefe notable, pero era solo hombre. Pidió y recibió la sabiduría para gobernar su pueblo, pero no supo gobernarse a sí mismo. En su vejez “hizo Salomón lo malo ante los ojos de Jehová” (1 Reyes 11:4, 6).

Al contrario, Cristo fue siempre el hombre perfecto, aprobado de Dios. Su vida fue un perfume excelente para Dios, plena satisfacción para su corazón.

Duración del reinado

Salomón reinó cuarenta años sobre Israel y el reinado de Cristo durará mil años. Los hombres, con excepción de los malos que serán cortados cada mañana, tendrán una longevidad semejante.

Después de la muerte de Salomón, su reino fue dividido a causa de su pecado y declinó con sus sucesores hasta la destrucción. Cristo, al final de los mil años, entregará el reino intacto a Dios el Padre (1 Corintios 15:24).

Extensión del reino

Cuando murió Josué quedaba aún “mucha tierra por poseer” (Josué 13:1). Salomón dominaba “sobre todos los reyes desde el Éufrates hasta la tierra de los filisteos, y hasta la frontera de Egipto” (2 Crónicas 9:26).

Pero el reino de Cristo se extenderá sobre toda la tierra. “Reyes serán tus ayos, y sus reinas tus nodrizas; con el rostro inclinado a tierra te adorarán, y lamerán el polvo de tus pies” (Isaías 49:23). Jerusalén será la capital del mundo: “Vendrán muchos pueblos y fuertes naciones a buscar a Jehová de los ejércitos en Jerusalén, y a implorar el favor de Jehová... Diez hombres de las naciones de toda lengua tomarán del manto a un judío, diciendo: Iremos con vosotros, porque hemos oído que Dios está con vosotros” (Zacarías 8:22-23).

Población del reino

Por el hecho de que Abraham no había rehusado su hijo a Dios, quien le pidió que lo ofreciera en

holocausto, Dios le hizo esta promesa: “Multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está a la orilla del mar” (Génesis 22:17). Bajo el reino de Salomón, Judá e Israel eran numerosos como “la arena que está junto al mar” (1 Reyes 4:20). Esto era un cumplimiento parcial de la promesa hecha a Abraham: una gloria terrenal.

Pero bajo el reinado de Cristo se agregará una gloria celestial a esa gloria terrenal, figurada por las estrellas del cielo. Porque Cristo ejercerá su autoridad al mismo tiempo sobre la tierra y en el cielo. Así que habrá dos esferas distintas de bendición.

En la tierra, el Señor delegará su autoridad en un príncipe que actuará como virrey (Ezequiel 44:3; 46:2). El remanente fiel que habrá atravesado la gran tribulación y todos aquellos, judíos o gentiles que hayan aceptado el evangelio del reino gozarán de las bendiciones de ese glorioso reinado.

En el cielo estarán con Cristo todos los santos resucitados, transformados, glorificados y arrebatados en la venida del Señor. Además estarán todos los mártires que, desde ese momento hasta la aparición de Cristo, habrán dado sus vidas “por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios” (Apocalipsis 20:4); serán resucitados, glorificados y llevados al cielo.

Abundancia y prosperidad

La provisión de cada día para el rey (1 Reyes 4:22-24) y el asombro de la reina de Sabá cuando visitó a Salomón (cap. 10) nos dan una idea de esta abundancia y prosperidad.

¿Y qué será durante el milenio? “Abriré en el desierto estanques de aguas, y manantiales de aguas en la tierra seca”, dice Dios (Isaías 41:18). Un río saldrá del santuario y limpiará las aguas del mar Muerto que desbordará de peces. Crecerá toda clase de árboles en sus costas y cada mes darán su fruto para alimento y las hojas para medicina (véase Ezequiel 47:8-12).

Paz y seguridad

Después de los combates enfrentados por David, el reinado de Salomón conoció un tiempo de paz. “Tuvo paz por todos lados alrededor” (1 Reyes 4:24). Podríamos pensar que solo el combate contra Hamat (2 Crónicas 8:3) perturbó esta paz por un momento.

Pero bajo el reinado de Cristo, habrá mucho más que la paz establecida por Salomón: “Volverán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra” (Isaías 2:4). “Mi pueblo habitará en morada de paz, en habitaciones seguras,

y en recreos de reposo” (32:18). “Se sentará cada uno debajo de su vid y debajo de su higuera, y no habrá quien los amedrente” (Miqueas 4:4). Hasta los animales salvajes perderán su instinto cruel: “Morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará... el niño de pecho jugará sobre la cueva del áspid” (Isaías 11:6-8).

Solo la serpiente no participará a esta bendición: siempre estará bajo el juicio de Dios (Génesis 3:14). No podrá dañar más, su alimento será el polvo (Isaías 65:25).

Sabiduría e inteligencia

“Dios dio a Salomón sabiduría y prudencia muy grandes... Era mayor la sabiduría de Salomón que la de todos los orientales, y que toda la sabiduría de los egipcios” (1 Reyes 4:29-30). “Toda la tierra procuraba ver la cara de Salomón, para oír la sabiduría que Dios había puesto en su corazón” (10:24).

Durante el reinado milenar, Satanás será atado y echado en el abismo. “La tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar” (Isaías 11:9). El espíritu de sabiduría y de inteligencia reposará sobre el Rey, vara del tronco de Isaí (11:1-2). El templo será reconstruido y la gloria de Dios lo llenará otra vez. “Toda la tierra está en reposo y en paz; se cantaron alabanzas” (14:7). En ese

día se cumplirá la promesa divina con respecto a Cristo: “Yo también le pondré por primogénito, el más excelso de los reyes de la tierra” (Salmo 89:27).

Después del reinado

Pero el tiempo no se detiene con el milenio. Después de él sigue un nuevo día, el día de Dios, la eternidad. Cuando el Señor venga, los creyentes, resucitados y transformados, serán introducidos por Jesús en la casa del Padre y estarán para siempre con el Señor (1 Tesalonicenses 4:17). Al abrigo de la ira que viene (1:10), disfrutarán en el cielo de las alegrías del milenio, para luego gozar para siempre de una felicidad tan grande que para el hombre es imposible poder expresar (véase 2 Corintios 12:4) y aún menos comprenderla. Sobre este aspecto la Palabra es muy sobria. Estaremos con Aquel que fue inmolado por nosotros, cantaremos el nuevo cántico que rememorará su sacrificio y lo adoraremos incansablemente para siempre.

Al alba de ese día, todos los que en la tierra despreciaron la salvación que Dios les ofreció, comparecerán delante del gran trono blanco. Se encontrarán en cuerpos resucitados delante de Aquel cuyo amor despreciaron, y lo oirán pronunciar con justicia su condenación

a los tormentos eternos (Apocalipsis 20:11-15).

Conclusión

¿No es maravilloso que Dios, el gran Dios de los cielos, haya querido revelar sus designios a seres tan insignificantes como nosotros? Y cuando descubrimos en estos planes cual es el futuro eterno que nos promete, ¿no desbordan nuestros corazones de gratitud y adoración desde ya? “¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!... ¿quién fue su consejero?... De él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén” (Romanos 11:33-36).

*A Ti sean gloria, honor y riqueza.
La ciencia eterna y la fortaleza
¡Oh Rey de los siglos!
Señor, Dios y Hombre;
La Iglesia te adora,
ensalza tu Nombre,
Cordero inmolado, por siempre,
¡Amén!*

E. Argaud

La curación de Naamán

(Viene de la página 18 del n° 3/2022)

3. La inmersión de Naamán en el Jordán (2 Reyes 5:10-14)

Ahora veremos cómo Naamán se humilló y se zambulló siete veces en el Jordán. Sin embargo, no permaneció en esa «tumba», sino que salió una persona nueva. Éste es un ejemplo magnífico para nosotros como cristianos, pues también experimentamos una renovación completa vistiéndonos del nuevo hombre (Efesios 4:23-24).

Ve y lávate en el Jordán

Eliseo no creyó conveniente hablar con Naamán personalmente. Tenía sus sabias razones para actuar de ese modo, como pronto llegaría a evidenciarse, ya que Naamán tuvo que aprender a humillarse a sí mismo. Su orgullo tuvo que doblarse. El profeta no salió de su casa, sino que le envió simplemente un mensajero con el mandato: “Ve y lávate siete veces en el Jordán”. A la vez, añadió la llana promesa: “... y tu carne se te restaurará, y serás limpio” (v. 10).

Literalmente dice: “... y tu carne vendrá de nuevo a ti”. De hecho, una de las terribles consecuencias de la lepra es que la carne de la persona enferma se consume poco a poco.

Al poderoso general del ejército sirio, no obstante, no le gustó esta orden. Naamán interpretó el mensaje del profeta como un improperio a su persona. Había esperado un trato completamente distinto, un ritual complejo, como estaría probablemente acostumbrado con los magos paganos de su país (v. 11). Ciertamente era merecedor de un trato honorable. Al fin y al cabo, ¿no era él de gran importancia? Por cierto que recompensaría generosamente a Eliseo por sus servicios.

¡Qué orden: “Ve y lávate siete veces en el Jordán”! ¡Qué humillación! ¿No eran los claros y caudalosos ríos de Damasco, el Abana (o Amana) y el Farfar, mejores que el estrecho y cenagoso Jordán? ¿No podía el general haber tomado un baño en su casa? Naamán podría haber ideado ese remedio él mismo (v. 12). No quería abandonar los ríos ni a los dioses de Damasco. Sólo más tarde aceptaría que no había Dios en toda la tierra, sino en Israel (v. 15). Naamán se enojó y se sintió zaherido. Ya podía oírse la orden a su carro: ¡Coge las riendas! ¡Nos vamos a casa!

Tal vez fue en un lugar de descanso no lejos del Jordán, que los criados de Naamán tuvieron el valor de dirigirse a su señor (v. 13). Lo hicieron con mucho tacto y con el preciso respeto. Ellos honraban a su general como a un padre. Le dieron un consejo que no pidió, pero fue muy acertado y bueno. Si a Naamán se le hubiera encomendado el servicio de hacer algo difícil, ¿no lo habría hecho así? ¿No habría empleado todos los medios posibles para recobrar la salud? Ahora, sin embargo, el profeta había dado una orden sencilla: “Lávate... y serás limpio”. ¿Por qué no escuchar aquellas simples palabras del varón de Dios?

Vida nueva en Cristo

Naamán se hace acreedor al querer escuchar las palabras de sus criados. No actuó con altivez: “Él entonces descendió, y se zambulló siete veces en el Jordán, conforme a la palabra del varón de Dios” (v. 14). Con todo, debió de haber sido muy difícil para él humillarse tanto en presencia de sus inferiores. Tuvo que descender del carro elevado, quitarse la ropa y «hundirse» en el Jordán. Pero lo hizo, dejando de lado su orgullo y su posición elevada. Además, no lo hizo sólo por complacer a sus criados. No solamente los escuchó, sino que cumplió con el di-

cho del varón de Dios; obedeció a Dios.

Esto es un precioso ejemplo del camino de la salvación. Debemos ser conscientes de nuestro bajo estado, de nuestra pecaminosidad y de nuestra condición leprosa ante Dios. Debemos humillarnos delante de él y bajar del «carro elevado» de nuestro orgullo natural y nuestra propia importancia. Debemos seguir el camino que él nos indica en su Palabra. El remedio divino es que confesemos nuestros pecados, nos despojemos del viejo hombre y descendamos dentro del «río de la muerte». En otras palabras, tenemos que identificarnos en fe con un Cristo que murió por nuestros pecados. No hay otra alternativa para ser salvo, limpio y recibir una vida nueva. “Nadie viene al Padre, sino por mí”, dice el Señor Jesús (Juan 14:6).

Naamán fue obediente y se sumergió siete veces en el río Jordán. El nombre “Jordán” significa “ir abajo” o “ir curso abajo”. El río nace entre el Líbano y el monte Hermón y sigue su curso al Mar Muerto, situado muy por debajo del nivel del mar. Esta es una maravillosa figura de la muerte de Cristo, ya que descendió de las alturas del cielo, “se despojó a sí mismo... se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte” (Filipenses 2:7-8). El número siete habla de la perfección. Naamán tuvo que sumergirse

siete veces en el Jordán. Tuvo que ir abajo **por completo**. Nada podía quedar del viejo hombre. También nosotros como creyentes “somos sepultados juntamente con él (Cristo) para muerte por el bautismo... fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte” (Romanos 6:4-5).

Pero Naamán no permaneció en la tumba de agua. Salió nueva criatura: “... y su carne se volvió como la carne de un niño, y quedó limpio” (2 Reyes 5:14b). Esto es una imagen de la nueva vida que hemos recibido como cristianos. No sólo hemos muerto con Cristo, sino que también hemos resucitado con él a una vida nueva.

Una bendición de siete aspectos

El texto de este versículo 14 arroja luz sobre un número de verdades importantes del Nuevo Testamento. El «bautismo» de Naamán en el Jordán explica que:

- 1) Hemos sido **purificados** de los pecados e iniquidades que nos mancillaban a los ojos de un Dios santo (Juan 13:10; Hebreos 10:22; 1 Pedro 1:22);
- 2) Hemos sido **librados** de la ley del pecado que nos destruía y se extendía insidiosamente en nuestras vidas (Romanos 8:2);
- 3) Hemos **nacido de nuevo** (Juan 3:3, 5);

- 4) Nos **dio vida** juntamente con Cristo (Efesios 2:5; Colosenses 2:13);
- 5) Hemos entrado en una nueva esfera. “Si alguno está en Cristo, **nueva criatura** es; las cosas viejas pasaron” (2 Corintios 5:17; Tito 3:5);
- 6) Nos hemos despojado del viejo hombre y nos hemos revestido del **nuevo hombre** (Gálatas 3:27; Efesios 4:22-24; Colosenses 3:9-10);
- 7) A partir de ahora debemos andar en **vida nueva** (Romanos 6:4).

Aquí también parece que las Escrituras hablan con frecuencia de la **purificación** del leproso y casi nunca de su **curación**. Asimismo, el pecado nos convierte en inmundos delante de Dios, quien es muy limpio de ojos para ver el mal (Habacuc 1:13). La promesa del profeta fue: “... y serás limpio” (2 Reyes 5:10). Al mantener esto, leemos aquí: “... y quedó limpio” (v. 14). También nosotros, como discípulos de Cristo, somos “todo limpio(s)” por la palabra que nos ha hablado (Juan 13:10; 15:3).

H. Bouter (Continuará)

Jesús le dijo: Yo soy el camino,
y la verdad, y la vida; nadie viene
al Padre, sino por mí.

Juan 14:6

Como el padre se compadece
de los hijos, se compadece Jehová
de los que le temen. Porque él co-
noce nuestra condición; se acuerda
de que somos polvo.

Salmo 103:13-14

El Señor mismo con voz de man-
do, con voz de arcángel, y con trom-
peta de Dios, descenderá del cielo;
y los muertos en Cristo resucitarán
primero. Luego nosotros los que vi-
vimos, los que hayamos quedado,
seremos arrebatados juntamente con
ellos en las nubes para recibir al Se-
ñor en el aire, y así estaremos siem-
pre con el Señor. Por tanto, alentaos
los unos a los otros con estas pala-
bras.

1 Tesalonicenses 4:16-18

Siempre rogando encarecida-
mente por vosotros en sus oracio-
nes, para que estéis firmes, perfec-
tos y completos en todo lo que Dios
quiere.

Colosenses 4:12

Publicación de edificación cristiana Creced

Se suele utilizar en las citas bíblicas la versión Valera 1960 o la versión Moderna (V.M.). Estas citas se encuentran entre “ ”.

Suscripción: La revista se envía a todo aquel que la solicite. Se sostiene con las oraciones, suscripciones y ofrendas de creyentes.

En caso de **cambio de dirección**, le rogamos que nos avise lo más pronto posible, comunicándonos tanto la nueva como la antigua en caracteres claros y legibles.

Contacto: Para cualquier información referente a Creced, o para solicitar la suscripción, debe dirigirse a la dirección siguiente: Creced, 46, route de Suisse, 1290 Versoix-Genève (Suiza), por medio del sitio www.creced.ch, o a través de la dirección de correo electrónico: revista@creced.ch.

Están a la venta los **19 volúmenes** encuadernados de la revista Creced, desde 1984-85 hasta 2020-21. Cada uno consta de 336 páginas. Indique claramente los años que desea recibir.

Precio (1 volumen): 10 \$ EE. UU. 10 EUR 10 CHF

Se aplicará un descuento de 15 % a quienes soliciten 5 volúmenes, de 20 % a partir de 10 volúmenes y de 25 % por la serie completa. Las librerías ya establecidas gozan de un mayor descuento.

Ofrecemos gratis el índice de los 20 primeros años de la revista Creced (1984-2003) a quienes compren los libros encuadernados o posean los fascículos de esos años.

Medios de pago:

- PayPal: Si utiliza este medio, tendrá que introducir la dirección de e-mail: revista@creced.ch.
- Western Union: a nombre de Jean-Pierre Cuendet, Les Pommerets 6, 2037 Montezillon (Suiza).

En cualquiera de estos casos, es importante que nos avise lo antes posible a: revista@creced.ch, indicándonos sus nombres y apellidos, la suma que manda, la fecha del pago y el número del giro de Western Union.

- Alternativamente, se puede enviar billetes de \$ EE. UU. o de Euros en un sobre certificado.

Comité de redacción: J.-P. Cuendet (responsable), J. Perron, J.-C. Moinat, O. Perron

Sitio web: <http://www.creced.ch>

E-mail: revista@creced.ch
